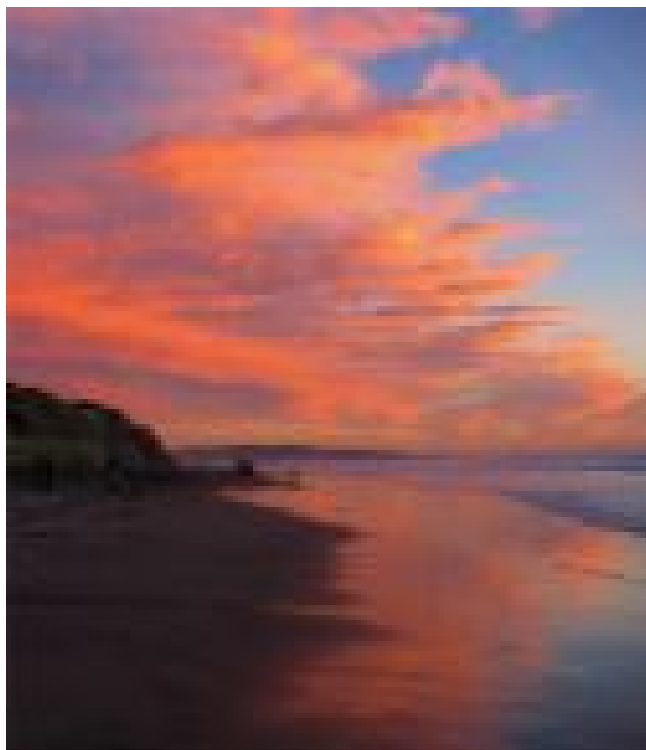


ENCUENTRO CON EL MAR

SALVADOR PLIEGO



Copyright © 2007
COPYRIGHT by Salvador Pliego. All rights reserved.
Houston, Tx. USA

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser parcial o totalmente copiado o reproducido de cualquier forma sin autorización del autor.
Derechos reservados por el autor y debidamente registrado.

Murmura el mar

Murmura el mar...
Eco y resonancia de una gota cristalina.

Murmura el mar...
Y me hincó entonces en su arena.
¿Me entiendes? -Le platico.
Te hablo de ella...
Bajo tu azul mirada sus ojos cristalinos reverberan.

Te hablo de ella...
En la profundidad su boca.
En la distancia su silueta inquieta.
Y el horizonte que se acerca cuando siento que me toca.
¿Me entiendes si te digo que mi boca saborea?

Mar, ¡qué hermosa es ella!
Pálida, en tu cuesta, una ostra
de coral se viste, se descubre y se recuesta,
y a lo lejos, con la bruma,
su aperlada orilla a mí me mira...
¿Qué dirá de mí?
En la arena, de hinojos, platicándote de ella...

¿Tú me entiendes que su rostro
es vitral de tu marea?
¿Que sus ojos son tu lejanía
y se dibujan resguardándose
en tu abultada cabellera?

Mar, ¡qué linda es ella!
Hay gotas que en la orilla,
tan sólo por sentir las,
volatizan y sonrojan
y en sus labios se extasían.

Te platico que sus besos...
Mar, ¡hay besos como ella!

¿Tú me entiendes?

Murmura el mar...
Y me hincó ante su arena.

Poesía

¿Qué quieres?
Sobre el azul del mar despiertan las palabras
y el piélago cae como arena en su rostro.

¿Qué quieres?
Y ella dijo:
Que me leas...

Y al abrir sus ojos, de sus iris, le leí un poema:
“Tras los restos infinitos de la aurora...”
Y al cerrar sus ojos, me cubrí con ella.

¿De dónde el verso?
¿En qué tinta la arena crispera y graba?
Y el canto que se prende como un grito del cincel pulido.
Allá, en la noche, el aplomo del ave se persigna
y canta con su llanto sin que nadie le intimide.
Hay recuento de pájaros y alas.
Hay vestigios de tardes y de auroras.

¡Oh, poeta!
Cristal del fuego y del vacío.
Cueva desigual de la vela y del marino.
Fue el verso su boca humedecida.
Fueron sus manos el roce y las teclas
donde el bardo sus escritos de sonido acumulaba.
El altar del poeta: su musa y su marea.

¿De dónde el verso?
¿De dónde el canto?
Si sólo ella.

¿Qué quieres?

Y al abrir sus ojos, de sus iris, la poesía...

“Puedo escribir los versos más tristes esta noche...”*

*Verso de Pablo Neruda.
20 poemas de amor y una canción desesperada.
Poema 20.

Miradas

Vuelve a surgir ese torrente de acuarelas al tocarte.
De tu vientre las naves surcan el precipicio del espacio.
Barcarolas que emergen cuando fluyen los latidos.

Vuelvo a sentir el pincel de los amores:
un río de bengalas saturado,
ese delirio por tus ojos de un negro iluminado.

Gacela sigilosa del monte y de mis versos:
pintura de mis manos que se encienden al palparte.

Vuelve a tocarme con tus dedos de colores,
del cordel de lunas y el tinte de la suave noche.
Déjalos callados un momento
y que me hablen ellos su lenguaje:
lo que sientes al mirarme, lo que siento al mirarte.
Déjame tocarlos en el satín de tus encantos.

Vuelve a resurgir ese torrente que arrebató,
que desborda y que apasiona,
que me deja acariciarte
hasta encontrarme en tu camino.

Vuélvete el instante de una noche.
Espárcete sobre su manto hasta que cante el alba.
Riégate como la luna de la escarcha y madrugada.
Descúbrete como la gota
y deja que te sienta como el pecho de mi alma.

Pasión de ti

En la cúspide del viento te describo.
¡Oh, apasionado!
Hilarante, nocturna, inquieta, destellada.
Y el límite del alba se escapa y agasaja
con la noche que respiro.
Bajo tu cuerpo el alma tienta su sonrisa pura
y el mar se crece divagando su propósito de oleaje.

Como una ola o quizá como el estiaje
te vas deshilvanando hasta tocarte,
y tu cuerpo se compone de ese azul que brama por la noche.

Se ha escondido el mar bajo tus ojos.
Y yo inquieto por sentirte.
¡Oh, apasionado!
Mis manos tiemblan como bruma inacabable.
Mi boca busca lo que el mar al caer la tarde.
En el sabor del agua se resguardan tus medidas
y de nuevo en mí despiertan las ansias y deseos.

Frenético marino de aspa rota y remo abierto.
Miro el mar... y tus ojos cristalinos me desvisten.
La sal te cubre de belleza inagotable.
Tú: hilarante, graciosa, encendida, azuzada.
¡Oh, apasionado!
Toco brisa con el grito de tu lengua.
Beso el mar en la figura de tus labios.
En ti describo océanos circundando tu vertiente.
Hilarante. Siempre hilarante.
¡Oh, apasionado!
En ti navego.

Maravillas

Sobre tu cintura adornada
se crecen las maravillas.
Cascadas de aroma y alba
se prenden cual ensenada:
unas se tejen de madrugada;
otras, de iris a tus pupilas.

Granates en dijes de oro
relumbran sobre tu cuello,
y la luna medio escondida
se merma por aludida.

Belleza atezada de un ojo negro
que baña la playa como un espejo,
las cejas lindas le adornan
y pintan las chapas de fucsia y grana.

¡Ay de mis sueños del ave!
¡Ay de los lirios en los agaves!
Si tenerla pudiera en breve
y sentir su cintura que abre
lo que detenta belleza de gema y jade.

¡Preciosa!: así las flores tu nombre escriben.
El dulce eco que arrulla y gime
de blancas rosas habla y emerge
y ante el rocío toca tu frente.

Guardián, el viento,
en ti esculpe y adora en canto,
fulgura tenue junto a tu mano.
Cuentan los sueños que fuiste aurora,
y en mi ventana, muy de mañana,
del viento te desprendiste.

De tus caderas
se cuelgan las maravillas:
nardos de espuma, sutiles rimas,
rosas de aurora que lidian
con el semblante de las orquídeas;
Versos primaverales que en el otoño
buscaron nidos bajo tu hombro.

Si yo pudiera, si yo pudiera
llenar mis manos de maravillas:
como tus ojos, como tus sueños,
como un destello de golondrinas.

Si yo pudiese besarla toda
y llenar mis labios de maravillas...

Soñando en tus brazos

Hoy que despiertas
y beso tu boca
y muerdes mis labios
para revivirme,
camino en la calle
sintiendo tus ojos,
y tocas mi dorso
cuando doy un paso
para darlo firme,
entonces me aferro a tu mano
y me siento seguro
bajo tu cobijo.

Me alienta y seduce tu aroma
de sólo pensarte.

Mi mente imagina tu rostro
y le llamo y le mimo
como al aire sonriente
que al sentirse tocado
se cubre apenado
y sopla agitado.

Y voy por la calle
sintiéndome gente
porque sé que tus labios
me pintan la frente.

Hoy que regreso de noche
y me abres tu cuerpo
y me dejas tu aliento,
me acerco en silencio
y haciendo un murmullo
te digo al oído:
¡Que estar en tus brazos
es lo más hermoso
que siempre he soñado!

Mirando arriba

Miro hacia arriba.
Me recuesto en esa aurora que un día nació bajo mis manos.
Y soy esa galaxia sembrada al infinito,
constelada con el tiempo,
cósmica y callada.
No brotaron de mis ojos más estrellas
que aquellas que miraron.
Y hubo polvo, ¡no sé cuánto!,
gravitando y forjándose en mis manos.

Ruge el mar: un vientre azul, distante,
y una mano recostada en tu pecho.

Ruge el mar: nébula astral y gravitada.
Y voy soñando como nave
que conoce sólo un camino:
que se entierra en besos,
que se esconde en paladares
suaves y aclamados por los vientos.

Y soy yo:
esa galaxia de calandrias,
ese azul de codornices
embebido y naufragado;
cielo rítmico de versos que se explaya
por ponerlos en tu boca.
Soy yo:
soñando levaduras,
rascacielos matutinos,
tus labios y tus besos,
tus ojos y tus senos.

Me acurruco nuevamente...
Y sólo quedan los suspiros.
Y sólo queda tu belleza boca arriba
y mi mano en tu cuerpo, respirando,
soñando, suspirando,
durmiéndose en tu vientre,
soñando que hay azules.

Voy a sacar la primavera de tus ojos.

La misma siempre

Se me hizo raro sentir la misma boca,
los mismos nardos,
la misma nota de un violín que no se cansa,
la misma lluvia en el mismo rostro,
y decir de nuevo
que sigo amando
la misma boca,
la misma nota,
el mismo rostro que no se agota.

Tantos diluvios que han pasado
y sólo tu rostro
persiste y dura
tocando siempre la misma nota,
la misma cuerda,
la misma boca.

Y sólo tú,
y nadie más,
tiene un recuerdo
en esta boca,

que sabe a beso,
como tu boca,
como las cuerdas
que me trastocan.

Y digo que amo lo que refleja,
lo que es intacto,
lo que preserva sabor a nuevo
y se renueva bajo tu boca,
lo que incitando se crece a diario
y nunca muere como tu boca.

Siempre la misma.
La misma siempre.
Me sabe a todo.
Me excita todo.
Sólo tu boca como tu boca.
Siempre tu boca. Tu eterna boca.

Hay una mujer

Hay una mujer,
has de saber...
Hay una mujer
que me nubla de placer...

¿Qué haré si ella me toca?
¡Ay! ¿Qué haré si a mí me toca?
Hay una mujer de tisú y delicado proceder
que se enreda como seda
y pernocta en aguamiel.

¿Qué haré si ella me roza?
¡Ay! ¿Qué haré si a mí me roza?
Hay una mujer que se desprende
de su cuerpo al mezclarse en mi querer.

Es como un sueño el rozarse con su piel:
seduce, hechiza y me enardece de placer

¡Ay! ¿Qué haré si a mí me besa?....
¿Qué haré si a mí me besa?...
Si tan sólo un roce me vuelca de placer.

Todo nace de ti

Mana el jugo de tu vientre como profecía del encanto:
el extracto del sonido en los cristales puros de la noche.

Es tu vientre aquel destino que se abre, anuncia y manifiesta.
¡Ah! Aquella sedienta tez de besos que lo transfigura todo.

Todo nace de ti: en el pecado de los mares,
en la profundidad volátil de los pájaros callados.

Como un hijo me recuesto donde nadie ha nacido
y nazco nuevamente de tu vientre.

Todo nace de ti: la fulgurante sencillez del desafío,
la provocación por las estrellas,
la aglomerada noche y su tácita escultura.

En un compendio en que lo abarca todo,
mi sed por ti no cesa, mi amor por ti no acaba.

Manan de tu vientre los caprichos del verano
y los beso todos, en un fugaz destello que me atrapa.

¡Todo nace de ti!
Hasta el verano avasallante.
Hasta la más recóndita palabra de tu vientre.
¡Todo nace de ti!

Y me abarca.
Infinitamente a mí me atrapa.
¡Ah! Sedienta tez de besos.
¡Todo nace de ti! ¡Todo!
...Y me atrapas.

Aún suceden cosas

I
En tu ausencia,
aún suceden cosas:
Hay pájaros serpientes devorando colosales piedras.
Árboles de gubia que se talan a sí mismos.
Andrómedas que bajan a la tierra
y escupen fuego de la cornisa de sus alas.
Mil ciempiés de lunas y de agave saturando

resquicios de una historia que fuera de batalla.
Olímpicos diablillos que son como arbustos
picoteando cuanto objeto pasa por sus manos.
Todo pasa
mientras yo me escondo y mi piel se vuelve colorada.
Estoy, y sin quererlo me desprendo de mi espacio...
A fin de cuentas mis raíces se expanden en el suelo
buscando líquidos vitales.

En tu ausencia,
aún suceden cosas.
¿Lo ves? ¿Lo notas?

Y regresas y todo vuelve a estar en calma.
Entonces me acurruco en tus brazos
a seguir soñando mil batallas.

II
En tu ausencia,
has de notarlo,
aún suceden cosas.

Y el soñarte es vital cuando te ausentas.
El decirte que tus rasgos aún de noche no terminan
y se expanden como luces por mi mente.

Yo lo noto,
has de saberlo,
que me llueven las sonrisas
y cada una se exalta si la miras.

Aún sucede que tu voz me arrima.
¡Yo lo sé!... Y que me aviva.

Y que tus ojos me abren los espacios,
me cierran más miradas,
me nutren de campanas,
me hierven en las manos.

Aún sucede que te llevas mis caricias
y son devueltas de tus brazos más crecidas.

¡Yo lo sé!... ¡Lo he notado!...
Aún suceden cosas cuando digo que te amo.

III

Aún sucede
que detrás de ti
te llevas estos ojos para cultivarlos.

Me pinta tu silueta el iris de avellanas.
Me siembra de montañas las curvas de tus faldas.
Me satura de equinoccios tu forma sin tocarla.
Me llevas por los fresnos cultivando tus meneos.

Aún sucede, tras de ti,
que me llevas de la boca
y no encuentro forma de cerrarla.

IV

Y el amor tiene esa picardía de tu lengua:
fresca, aromática y con fermento de existencia.

Aún suceden cosas,
¿lo sabías?...
que tu lengua a mí me sabe a alegría.

V

Y entre alas,
aún suceden cosas.

Me haces parecerme al álamo en la altura:
acogerme de sus copas, colgarme cual bellota,
sacudirme entre las hojas, rociarme entre sus ramas.

Y tienes ese roce de las plumas que entusiasman.
Esa suavidad de ala que me atrapa.
¡Y me vuelas!... ¡Y me vuelas!...

VI

Y el decirte amada
es como transformar el día:
llevarte en la camisa, en la bolsa, en la chaqueta,
donde haya espacio y alegría.

Aún sucede,
que de siempre
va tu boca con mi boca,
van tus labios como el día,
y se escapan de repente
deleitándose en mi cuello.

Aún sucede,
¿lo sabías?...
que es una delicia tu caricia.

VII

Y sucede que te digo que te amo,
que eres la estación del viento,
la transparencia de mis ojos,
el versículo en mi lengua,
la inagotable embriaguez del canto.

Y resulta que lo digo y lo declaro:
que hasta lágrimas de encanto
por mi rostro he derramado.
¿Lo sabías?

Aún sucede que te amo.

VIII

El color de la mañana se sonroja
en la palidez de una sonrisa.

¡Ay mi niña, mi niña blanca!
Dibújame una aurora
que me embarque y me levite
a donde el sol que brille.

¡Que me lleve y pinte!
¡Que me lleve y bese de tu rojo tinte!

De tus besos

Te amo, ¿qué más?
Y se encierran en tu boca mis palabras
y una a una al pronunciarlas las disfruto.

Sólo tu rostro permanece.
Aquí, en lo alto, no hay vocablos.
Y no es que esconda el nuevo día
pero hay horizontes en que sólo tú te escuchas.

¿Habrá otro canto que te nombre
y que suave, como un verso,
en un rocío a ti te llame?

Te amo, ¿qué más?
Y me encierro entre las notas de tu boca a escucharte,
donde broten esos labios,
donde canten estos besos.

Y aún vibran las campanas sin sonido.
Se percatan de tus labios y difunden como ecos de extravío.
A lo lejos, sí, a lo lejos, aún se expanden sus sonidos.

Te amo... y no dejo de decirlo.
Alejados, como niños, van los besos de la mano.
Sonrojados quizá, sin mirarse, sin quejarse,
van tocándose cual ciclos de cariño.

Y me preguntan: ¿Qué cantan nuestros besos?
¡No lo sé!... Pero me llevan a tu boca, a tu lengua,
y es ahí donde escucho melodías contagiosas.

Una flauta dulce, un violín en llamas
va sonando hasta morir, va dejando cauda
como aves de alas grises y transforma los espacios
en raudal de querubines.

Te amo, ¿qué más?
Y eres tú la nota que converge aquí en mi día:
ese canto de besos que no expira;
Profundidad de labios que se tocan
y al callarse emiten sinfonías.

Y el tocar tus labios... ¡No sé!...
Es como amarte y transformarse en brisa.
¿Qué más?...
Si es el besarte en la boca mi alegría.

Susurro

Dijo el poeta:
“Cristales de joya, turquesas airosas,
luceros hermosos cimbrando tus ojos.”

¡Ah!, silenciosa.
Deja extraer de tus ojos la brisa:
murmullo de cima y respuesta de viento.

Préndeme.
Arrópame.
Describeme tu pupila de nieve.
Callada poesía de un solo chasquido.

¿Y qué hace el poeta cuando en tus ojos se inspira?

La noche fulgura como un canto herido.
Acerca tu boca para que yo la sienta.

¡Ah!, silenciosa.
Deja al verano espigar tu mirada.
Deja la fruta caer en semilla.
Deja al poeta cantarte su estrofa.

Me dijo el poeta: murmúrale un verso al oído.

Y leyendo al poeta extraje mi pecho.
Un simple susurro se fue por el viento...

No sabes aún lo que siento.
Como mi pecho lo grita al silencio.
Y las vocales se esconden resguardando mi aliento.
¡No soy callado! Tan sólo la noche me escucha exhalando.

Un simple susurro se va por el viento...
Y de mi pecho emerge cuando asoma tu cuerpo.
No soy callado...
Tan sólo murmuro y repito un vocablo:
¡Te amo!
¿Me entiendes entonces cuando así te llamo?
¿Despiertas las noches en que yo te aclamo?
¿Respondes, amada, al susurro amado?

Te amo...
Tan sólo un murmullo que vuela a tu lado.
Mi boca te advierte y devela su canto.
¿Me entiendes entonces cuando así te hablo?

Después de un beso

Crecen como vergeles tus ojos bajo la noche.
Entonces tú, sombra y destello,
te has crucificado en esa estrella.

¿Y qué se siente una caricia?
¿La tocaste? ¿La viste? ¿La palpaste?
Como una ostra el viento se acurruca.

Oh puerto de mis brazos.
Timón revestido de acuarelas y bengalas.
Era yo ese plumífero de arrullo.
Esa ala de mimbre rozándote la espalda.
El cesterero del estambre durmiéndose en tu vientre.

¿Me sentiste? ¿Me advertiste?

Y en la noche triste en que dormías
yo seguí besando como un rayo de aquel astro.

¿Me sentiste?

Después de un beso... ¿Hay algo más?
¿Hay algo más que un beso?

Crepúsculo

Hija del mar,
la tarde roja abrió sus brazos
y un alumbrado faro su estela blanca de lis forjaba.

Platícame lo que es el viento...

Tu cabello suelto regaló la espuma
y el mar rugiente acuñó su ola.

Hija del mar, dique abierto, vela airosa, nube roja,
platícame si al tocar el agua rocé tu boca.

Dime que lleva el viento
y si la tarde airosa gimiendo devuelve un beso.
Aquí sentado, entre las rocas,
mirando lejos tu labio espero.

Hija del mar, preciosa vela de mar abierto.
Naciste ola y meció tu cuerpo.
Náyade y viento,
palpo tu estela de donde sale a la luz el cielo.

Radiante y fresca.
Hija del mar: puerto y marino, estuario y fiordo,
aquí sentado te admiro y hablo.
La tarde roja tu rostro entinta
y se refleja en tus negras cejas que me encandilan.

Desde las rocas
tus iris brillan y aluzan de grana pura chapados rayos.
Yo los observo, quieto y callado,
desde una roca,
y se recubren de bello encanto.

¡Cómo te admiro en tus ojos claros!
Bella y suntuosa, de añil te aclamo.
Hija del mar, cautiva hermosa,
crepúsculo dulce sobre tu frente.
Dime: ¿Por qué es que siempre te quiero tanto?

Hija del mar, joya cautiva,
dulce y risueña,
aquí me hincó en el arenal.
¡Cómo te admiro besando el mar!

Entre sombras

Heme aquí, entre sombras recostado.
Me paro y escabullo en la penumbra.
Mil cuerpos se amalgaman en la imagen
de un rostro desprovisto.

Heme aquí, en las bisagras del silencio
invocando lo que no ha nacido.
En un acto suicida en que la mente
se perfora o se destruye.

Te llamo... ¡A ti te llamo!
Como el abstracto ser ignoto aún no descubierto
que al nombrarle me exalta e inquieta.
Y al llamarle y verme descubierto me escondo
en la inmateria de la forma.

Entonces, como una flama saturada de sus ojos
que arde en los avernos de mi mente,
reprendo al ansia con el fuego
y le hablo a ella,

sólo a ella,
con la timidez de una palabra,
y le insinúo que la amo.

De ahí despierta en un latido,
y su forma de mujer cobra un gemido.

Su aliento

Entre pecho y pecho aquí nací.
Os digo: ¡Aquí nací!

Bastó el aliento de su boca.

Lo admito, y el rocío al descubierto es testigo:
Soy adicto a una tregua que renace día a día;
A una caricia campesina que por surco hace nido;
A unos iris que desnudan y recubren cuando anidan.
Soy adicto al paladar que lleva un beso
y lo pone tibio en el manjar del sentimiento.

A ella, que presume a veces
que mis sueños le despiertan al soñarle a ella.

Aquí nací...
Y nadie fue testigo.
Y sólo un labio se prendió del mío.
Bastó su aliento... y mi boca fue testigo.

Amor, tú espigas

Amor, tú espigas con cristales el verano
en la onda bocanada de sus ramos,
y como me pegaría a tus labios
para beber el cántaro de miel que se ha llenado
y besarlos como nadie, ¡como nadie!,
para cernirte en la urna del deseo
y amarte simplemente,
y adherir mi pecho donde habites.

Amor, si hoy derraman de tus labios
los elixires que deseosos se han forjado,
sé de ellos: de tus besos por la tarde.
¡Jamás me llames!

Iré yo solo a besarte como nadie.
¡Y más!... ¡Y más!...
Donde pueda encubrirte entre rosales
y amarte como nadie... ¡Nunca nadie!

Tengo ganas

Hoy tengo en las manos sed de viento,
una marea que no baja,
el estrépito de los corsarios
restregando garfios platinados.
Tengo ganas de arañarte
o sacudirte,
aventarte una luna si pudiera
o abanicarte en el rostro
con la estrella más lejana.

Tengo ganas, pues,
de que estés aquí y de mirarte;
De que hay veces
que se vuelve imprescindible el escucharte.

Pudiera quizá un árbol enterrarlo
y escarbar de nuevo
por el fruto no deseado,
o arrancarle a la llovizna su paraguas
y mofarme de ella
si mojada golpease en mi cabeza.

Tengo ganas, ya ves, de tantas cosas:
como el tocar las yemas de tus ojos,
o sacudir las bellotas de tus rizos,
o interpretar las luciérnagas de tus oídos.

También tengo ganas de abrazarte
y quedito, al oído, como siempre,
decirte lo que nace aquí en el alma.
Juguetear con las palomas
y escuchar chasquidos brotando de tu boca.
Y que escuches, de repente,
no sé, que es por ti
por quien se crecen éstas ganas.

La excusa

La excusa es despertarme entre tus labios,
profanarlos y tatuarlos,
delinquir como el esclavo
extrayendo mil alientos.

La excusa es que de pronto
y al buscarme no me mires.
Quizá hurgando un poco
es que me vuelque
y es en ti que ya me encuentre.

La excusa, como todo,
es simple y sin jadeos,
y es que al voltearte
ya me halle devorándote los labios.

La excusa es cada día,
en que coincides y coincido,
donde vuelves y rastreas
esperando tú a mi lado,
donde escapa esa sonrisa
esperando yo a tu lado.

Como siempre y como todo,
es sencillo para mí,
que se incline el horizonte
y que se abra para ti.

Y después y que camines
regodeándome en tus codos,
la excusa es siempre simple:
que me lleves de la mano
y al voltearte ya te encuentres
recostada junto a mí,
boca a boca y frente a frente
como nardos en abril.

Gourmet de amores

Con un centro de floral belleza
en un atril en que adornando un mantel de seda baja,
dos copas de azulgrana entretejidas
con perfume de la cava nuestras manos las cruzaron.

Y el plato de la noche que al paladar mostraba,
como una escalinata que al posar los pasos
fue subiéndose a la altura de la dicha.
Antes de probar bocado alguno.
Antes de catar aperitivo y degustarlo,
mi boca precisó ordenar los mil aromas.
Me acerqué a tus labios... Y emprendí el encanto del sabor.
En un beso la exquisita sabrosura de un gourmet.
¡Mon amour!... ¡Uh la la!...
Me quedó el aroma consagrado.
Ventilaron los sabores deificados.
Endulzaron rozagantes y embriagados.
¡Uh la la!... Si hay en tu labio tal delicia...
Bajé mi copa... y bebí tu boca.

Hoy la noche

Todo abrupto, aún hay fuego:
en esos escarpados besos,
en esas manos que alzadas se blandieron,
en esos labios que de abrojos se vistieron.

Mi cuerpo aún tiembla
bajo el temporal de los inciensos.
Te resguarda mi pupila en un rojo enceguecido:
desapareciste como niebla,
te esfumaste entre la noche
y así prendida fulguraste cual destello inalcanzable.

Todo abrupto. Todo ciego.
Aún laten las semillas de tu cuerpo
y mi sed avanza sobre ti como la tarde.

Te veo entre mis brazos
donde arden los silencios con sus gestos.
Aún hay fuego... Y la noche se entretiene por tus besos.

En el recuento de las horas persisten los latidos
y mis brazos se abren
esperando a que me invites.
Hoy la noche se entretiene con tus besos.

Desprendida y en tu boca

Del tiempo y tiempo, infinita era la bruma
y el sino que desnuda a un alba en madrugada
con sus chapas encarnadas,
con sus nubes tul y rosa.

Y digo: Para nacer yo quiero
el sentimiento o la hondura de tu boca.

Y digo: derretíanse, cobijábanse y esculpíanse
y... ¡ah!... tan sólo con tu boca,
se abra y repose,
roce y acomode,
acose y mitigue,
apriete y apacigüe.
Y... ¡Ah!... ¿Qué quiero con tu boca?
Si ella sabe que respiro cuando pasa por mi boca.

¿Desprenderla como aroma?
Y... ¡Ah!... ¿Qué quiero con tu boca?
Si llevarla a que levante la corola que me asombra.
Si sembrarla y protegerla a que la mar muestre su ola.
Si dejarla en la arena a que la brisa la recoja.

Y el levante es una muestra de recóndita armonía
que dibuja tras la noche su figura amanecida.
¿Qué quiero con tu boca?
Luz de nieve, luz llameante,
baja estrella de horizonte.
¿Y qué quiero con tu boca?
Suave greda que adormece.
Dulce coro entre las hojas.
Blanca espuma que hace pompa.
Y es tu boca el sube y baja de una fuente desprendida,
cada lluvia y cada gota que regala de su cauda,
cada noche y cada rito que amanece en rebeldía.

Y... ¡Ah!... ¿Qué quiero con tu boca?
Si ella sabe que la llevo permanente con mi boca
y se conocen palmo a palmo cuando frotan y devoran,
que se buscan y se entienden,
que se observan y se esconden,
que se anidan y se duermen.

¿Y qué quiero con tu boca?
Abril y mayo como meses de tu flora.
Castigar al viento que te toca y que te adora.
Resguardar tu lengua y degustarla a cualquier hora.
Y... ¡Ah!... Tan sólo conquistarla y acercarla con mi boca.
Abrir el tiempo y sepultarme.
Sosegar al cosmos con su aurora.
Liquidar minutos que me apremien
y dejar tan sólo que tus labios se me acerquen.
Que me toquen...
¡Que revienten y me dejen, simplemente, a que te bese!
¡Ah!... ¡Tan sólo que se acerquen!
¡Tan sólo que se acerquen!
¡Tan sólo que se acerquen!

Gotitas del rocío

(Lady Di)

Caen las semblanzas del rocío...
y no se esquivan.
Ellas saben son rocío.
Caen gotas cual cristales y se adornan
cual si fuesen mil sonajas de membrillo.
Van cayendo entre las ramas,
gota a gota como lirios,
y resguardan sus latidos de la tarde si hace frío.
Van cayendo y hacen trino.
Van durmiéndose abrazadas compartiendo sus delirios,
y se tocan como espuma,
y se palpan como bruma.
Se expanden cual crisálidas abriéndose en las puntas,
y se ríen y se miran
al sentirse protegidas.
Van cayendo como el cieno
retozando y suspirando,
y son gotitas que se besan
con la niebla del rocío,
que se abrazan a encontrarse
y se miman y acarician.
Dulces gotas que resbalan
de las hojas de los nidos.
Bellas chispas que se encienden
en la intimidad de los benditos,
y exhalan una a otra su humedad en su delirio.

Lindas gotas entre nubes del sereno
que besándose atrapan resplandores de los mirlos.
Ellas saben que al mirarse
se extasían, se acurrucan, se enamoran
y resguardan, cual alondras cortejadas
que respiran sus chasquidos.
Son gotitas transparentes del amor y del rocío.
Son los ecos que descubren las caricias,
la ternura que deslumbra de alborada,
el sabor de la mañana entre algodones y te quiero.
Van cayendo, van cayendo
las gotitas del rocío,
van besándose, abrazándose, frotándose y cayendo...

(Había una vez en un castillo una hermosa Princesita,
cuyos ojos cristalinos
eran dos azules gotas del rocío...)

Van cayendo y van cayendo
como lirios en el río,
las gotitas azulitas, las gotitas del rocío.

Paisaje

Hoy invito a la cigarra a platicar conmigo:
del arte, de alcobas, de un ruiseñor que se ha dormido,
del paisaje de montañas.
Y me siento en las laderas de los verdes Alpes,
de sus verdes riscos,
a la orilla de la piedra, en la esquina de la loma,
a sacudir bellotas y enramajes,
a doblar las copas y las ramas.

Hay cientos de azafranes picoteando cual zorzales.
Hay cintos de palomas transformándose en orugas.

Hoy te invito...
De tus ojos nacen crisantemos enraizando las pendientes.
De tus parpados descuelgan los declives.
Eres el paisaje azul y fresco del levante:
Hoja roja que se pinta y decolora;
Luz en blanco y horizonte;
Galería de acacias y arrozales.

Me descubro ante ti como el poeta de tus ojos.
¡Y arranco esos paisajes...!

Hay espacio para el aire entre tus labios.
Hay rocío que deslava entre tus cejas.
Hay llovizna que se duerme en tu espalda.
Hay taludes que hacen niebla entre tu vientre.

Hoy te invito a que seas el paisaje de mis ojos
y te invito a danzar cual girasoles
que se abrazan uno al otro,
que se besan de amarillo,
que se tocan entre rayos
y agazapan todos verdes,
que se tientan con sus hojas,
que se duermen con sus ramas,
que despiertan amarillos y se tornan girasoles.

Hoy te invito a que te sientes y a que mires el paisaje,
y que al verte yo te mire,
siempre,
eternamente,
invariablemente,
como parte misma y siendo un todo en el follaje.

El último suspiro (Evocación a Romeo y Julieta)

Galopan los últimos alces.
Perdida en la nada
una flauta retoca sus lánguidas notas
y lejos, distante, como un horizonte,
se pierde llorando en sus ecos.

No hay rostro en que no te llame.
Remoto es tu nombre, como un simple jadeo.
Testigo de lluvias jamás olvidadas.
Vestigios de lunas si alguna hizo bruma.

Aún te busco en el frecuente respiro.
Mis manos se agolpan y luego declinan.
Hay vientos que besan como el humo encendido
y luego se esfuman perdiéndose
sin que alguien les hubiese sentido.

Aún lloran besos que libres
se prenden, se escuchan inquietos,
sin labios, falleciendo en un solo recuerdo.
Me cubro en tus manos
y emerges de nuevo en la efigie en que vivo.
¡Hay tantos suspiros!

Escucho el galope... Lejano... Distante...
Su golpe retumba en el muro en que habito.
Descargan su arrojo y descansan dolidos.
Escucho el galope... Y luego te miro.
Aún amo tus ojos por demás encendidos.
Aún tus caricias resbalan las mías.
Tus labios se sienten perturbando la brisa.
Hay canto que brota y luego palpita.
Después el silencio...
Y no escucho nada... Perdido en la nada...
No escucho ya nada...

Hay girasoles que han muerto en tus ojos.
La lóbrega estatua es muestra de un hombre caído.
Tus labios: aquellos bosquejos que nunca prendieron.
Hay crisantemos como un párpado tuyo.
¿Dónde te lloro que escuches mi rezo?
¿Adónde te llamo que no muera el recuerdo?
Mi llanto se apaga y la noche una rosa reclama.
¿Dónde la lágrima que busque resguardo?...

Evoco tu nombre para verte en mi alma.
Callado recojo el sonido de flauta,
tu flora en guirnaldas,
la suave palabra en la estrofa adorada.
Escucho el galope... Y mi sombra se apaga.
Afligido preservo tu boca, mi dulce y amada.
Lejana... Distante... Callada... Te miro en la nada...

El nacimiento del mar

Transformábanse los elementos:
El fuego fue primero;
La riqueza del carbón, la hulla roja y el diamante.
Ni la furia de Vulcano o los ojos de Medusa
contuvieron sus hazañas.
Bajóse del Cáucaso y al hombre, como una dádiva de Dioses,
la llama le entregó.

Una tarde, a orillas del Éfeso,
Prometeo a los manantiales se acercó
y la espuma, cual cristal de maravillas,
tan sólo le rozó.

Prometeo extrajo en secreto su mirada
y llevándola a la arena del aire la extendió.

De ahí siguió la luna... Después el horizonte...
Y de la espuma, Afrodita se formó.

¡Cuánto mar hay en tus besos!
¡Cuánto mar hay en tu boca!

Brota la exuberante exquisitez de tus mareas.

¡Ah, noche turbia que se duerme entre mis brazos!
Obra inmaculada ante mis ojos.
Tu desnudez me aviva y me descubre.

Y el secreto guardas en mi boca
que el día en que mis labios a tus senos se pegaran,
¡todo mar, toda agua,
todo océano como un cántaro su azul se derramara!

Aquella niña

Aquellas bellas callejuelas empedradas
y bañadas con jardines que colgaban
flores blancas como estelas fulgurantes,
sus ventanas de alquitranes,
sus floreros relucientes cual sedales
y los arcos que bajaban en relieves
como gotas que regaban las laderas,
una niña, había una niña
al que su lindo rostro de un balcón
se le observaba,
de la escuela la hora yo esperaba,
y corría y corría y corría
hasta mirarla, que sus rizos
se peinaba y de una mano
una horquilla como el cielo le alumbraba,
¡qué preciosa!, repetía,

y me quedaba abajo a que la luna
me alumbrara,
y corría y corría y corría
a besarla sin que ella lo notara.
y ya de noche a la casa me volvía,
¿qué te has hecho que tan tarde has vuelto?
mi madre reprendía,
y corría y corría y corría
a mi cuarto que un florero de granate me esperaba
y una flor de lirio de la tierra se asomaba,
¡así es ella!, me decía,
y corría y corría y corría
de la escuela sin zapatos por mirarla
y hubo un día, sin quererlo,
que bajó su vista hacia la mía
y su rostro sonrió en mi alegría,
y corría y corría y corría
por la plaza que se abría,
¡era mía!, me decía, ¡era mía!

El amor es todo

Déjame callarme ahora
y escuchar tan sólo el encierro de tus ojos,
muriendo como mueren los silencios de la tarde,
naciendo como pueden las estelas en los mares,
creciendo entre tus brazos ávidos de amores.

¡Oh boca desprendida de tu boca!
Hilarante noche intacta y sumergida.
En ti como ninguna encontré los labios y su acorralada flora,
el destilar del tiempo y el jugo seductor que hay en tu boca.
Aquí sentí el parpadeo caer como chubasco.
Aquí sentí el manjar de miel sobre tus cejas.
Y grité... ¡Sí!... Grité como en tu boca:
inmaterial y mía,
incorpórea y distintiva...
Acábame como el salitre.
Devórame. Instígame en tus senos.
Despréndeme en tus muslos.
Atrápame cual fino polvo
que se nutre de la levadura de tus soplos.
Revuélcame en la espesura de tus dedos.
Agítame en la solera de tus poros.
Entiérrame en el vientre de tus manos.

Recuéstame en el sol rojo de tus hombros.
Déjame latir pidiendo a gritos tu morada.

Ven a mí
callando todo,
muriendo todo,
que sólo el grito se escuche entre tus labios.
Aquí el amor nació ante tus ojos.
Aquí el latido se acogió y armó de brío.
Aquí los besos se arrullaron
a sentir lo que el gemido había acogido.

No... No puedo silenciarlo...
¡No puedo ocultarlo!
Hay en tu boca un desenfreno.
Hay en tus labios la inmoral tentación de los suspiros,
la lujuria de mi boca hecha pedazos.

¡Oh puerto incalculable!
¡Oh marea atizada tras los vientos!
Ven a mí callando todo:
En el silencio de sus labios;
En la frontera de sus iris;
En la inigualable altitud de sus chasquidos.
Ven a mí como una noria
desprendiendo aguaceros.
Ven a mí como sus besos...

¡Puerto abierto el de tus ojos!
¡Puerto inmenso el de tus manos!
¡Oh!, marino: aquí tus labios... aquí tus besos.
El amor me ciega...
¡Ven a mí como tus besos!

Esos besos

No duermas, que aún la noche aguarda por besarte.
Mientras el ave se acurruca
hay labios que se juntan,
hay trasnoches que se acuerpan.
¿El amor nació con qué mirada?
¿Ya había la misma madrugada?
¿Ya los campos se agitaban con sus nobles caracolas?

No duermas, que aún hay besos hasta el alba.
Y se repiten los sonidos guarnecidos
y se encaminan desvistiéndose como fieles juramentos:
Yo tus besos... Tú mis besos...

No te duermas... que hay placeres
que en tu boca se sorprenden de tu boca,
y todos ellos son tus besos... son tus besos:
que me inquietan, que me animan;
son tus besos suaves que acarician,
son tus besos frescos de ambrosía,
esos besos ronroneantes que preguntan,
esos besos que responden como el nervio que se crispa,
esos besos juguetones que a las horas las olvida,
esos besos incontables, infinitos, rozagantes.

No te duermas, que aún la noche hoy te espera.
Aún hay tiempo a que desprendan tus vocales:
besos simples que recuestan y hacen coba.

No te duermas...
voy sintiendo la ternura.
Aún hay tiempo... Aún hay tiempo...
Yo tus besos... Tú mis besos...
Voy palpando la alegría aquí en mi cuerpo.

Y en la fresca existencia en que dormías
me dejaste tú tus besos,
me cazaste y claudicaste,
me prendiste de mañana,
me volviste la ventana que se abría,
el corredor de aquella luz que me acogía.
¡Ah!... Yo tus besos... Tú mis besos...
El placer estrenándose en el día.

No te duermas...No reposes...
Que aún el día se desprende en alegrías.

Desde el tiempo

I

Éste soy yo:
cargado de tierra, de libros, de fronteras,
de martillos y lances,
de verdes corazones,
del cristal de mar y sus vocales,
de arena fresca y poesía.

Enterrado en la cueva de espuma de los versos
donde se escuchó el canto por centurias.
Escondido bajo el ala asimétrica de la palabra.

Y alguien dijo: “Enterrad la pluma”.
Y fui a hurgar como una larva el jeroglífico desenterrado,
la historia inconclusa, el verso derramado
o el que se fue bajo la tinta en un papiro peregrino.

Fui... Lavé mi boca y la llené de mar copioso y zarzamoras.
Limpié mi frente entretejida y de besos.
Acicalé mis manos de pájaros, bellotas y duraznos
y salí a la arena a recoger los trinos
repletos de dulce, esporas y sonidos.

Es verdad que me soñé en la altura
donde había que gritar al ave que bajase
o donde miré aquel titán vistiéndose de música y floretes.

Es verdad de las fragatas soplando allá en los cielos:
los murmullos silenciosos de la acústica de un labio
que rozó otro labio hasta preñarlo.

Es verdad que un verso fueron esos ojos
donde se vertieron los últimos vestigios,
los últimos gemidos,
la cópula insaciable y el cuerpo redimido.

Ése soy yo.
Y me dijeron que era el risco profundo,
la partícula de arena del abismo insalvable.
Bajé hasta el fondo, y de las manos de alguien
que rozó mi rostro con su rostro,
arañé las plumas y las alas
despertando en su cuerpo como un ave.

Y el amor me trajo, no sé cómo,
no sé cuándo, a dormitar en sus besados brazos.

Ése soy yo: durmiendo en el paraje de las aves
y en el bolsillo, con la mano adentro,
soñando que un amor soñó mis versos.

II

Vengo de lejos, de la torrencial montaña:
incrustado en la uva, adherido al follaje,
hecho hoja y hecho rama,
saturado de naturaleza y polvo,
híbrido entre las rocas,
contagioso del velamen.

Busco un corazón sutil que me desprenda.
Ese toque primaveral que me subsista.
La llama de unos ojos que brillaron a mi paso
y no sé donde, en que lugar me cautivaron.

¿Y quién dijo que a la mar había que buscarla?:
Las gotas de unos ojos negros
o el roce de sus párpados de arena bruma.

Vengo de lejos:
De la tempestad de un corazón que se bate por tocarla;
De la lejanía de una ola
que termina estrellándose o besándola en la orilla,
y aún besándola se inhibe y duerme en alegría.

Vengo desde entonces:
sembrando y preguntando.
Me dicen que devuelve el tiempo.
Me dicen que despierta el rojo en sus mareas.
Me dicen que soy yo y es ella en un sentido.

Y voy... Busco aquello que me cautivó
y dejó inmerso en los caudales de mis sueños.
A arrancarle una sorpresa al instante;
A desbocarme en el racimo de su boca;
A encontrar el amor que es una gruta
y tiene muslos, pecho y roce,
y tiene besos... como un dique de alta vela.
El amor que se enraizó en el goteo destilado:

pisado por los besos, fermentado con los labios,
enclaustrado entre los brazos, hecho uva y sacristía.

Voy hacia sus besos,
donde yo soy el principio y ella el racimo,
a catar de su buqué como una noche entre latidos,
a generar la Apocalipsis de un sediento amor que no fenece,
y a diluirme nuevamente, como helecho,
como una fantasía de la luna,
en el enramaje verde que se escapa de su aliento.

III

(Sentimientos del pasado)

De mi mano escapa la brisa,
aquella que fue
o se quedó como mudo itinerario de un destino.
Es el reflejo, dicen, de la soledad del tiempo,
de la palabra innata de lo que terminó no amado
o fue visto simplemente en el crucifijo del olvido.

Amo la tristeza desprendida de un recuerdo
o brotada de un rostro que dejó el amor en el olvido
porque no fue otoño
o porque en sus pasos se durmió el hastío.

Amo los recuerdos de un pasado:
la espuma de unos besos, quizá,
la sedante sal y un labio que dejara en su camino.

Amo aquello que se fue en la brisa:
cada gota triste,
el mirar de un rostro no olvidado,
la sonrisa azulada y su reflejo sin retorno.

De mi mano se escapa el mar...
Y soy esa ola que no encontró buzo o vela incrustada,
donde las ostras en arena se volvieron
y el dolor se vuelve todo sentimiento.

Soy ese mar...El mismo que revienta
para ser absorbido por las grutas de la arena.
Aquel que brama y solitario
menea en la brisa sus recuerdos.

Que no digan que no hubo tempestad
en la alta copa en que grité o alcé la voz .
Que no murmuren que no estrellé la ola
con la pasión de un buque viejo
y alcé su mástil hasta arriba
a donde sólo el viento la guardó en su seno.

Soy esa ola: intempestiva y fugitiva,
acorralada en la memoria,
en un recuerdo y la marea.
Soy ese mar... de tristeza y añoranza.

IV

(El poeta mira el mar)

Buzo ciego, el mar te mira.
Estela incandescente de vetas, nutrias y moluscos.
Puerto abierto en que la noche sucumbió
y la mano perforó aquel pozo negro
en que la joya brotó como su aliento.

Alguien que vino, en el mar picado, en la ola brava,
en la orilla de serpientes corredizas,
se acercó y dijo: “!Yo soy poeta!
¡Buzo ciego, el mar te mira!”
Y el mar miróle recostándose en la orilla.

No sé de donde vino o nació ese grito:
si en plena cordillera, latitud o simple brisa;
si en las aguas confrontadas
o en la vela rota que nunca perdonó al marino.

“¡Yo soy poeta!”
Y salí a gritar mi pedrería.
Salí a las olas a encontrarlas
y a rondar el agua oscurecida.
Era un nudo en la garganta.
Era la palabra de agua, el rincón del soplo,
la ciénega de algas, la planta bronquial de los escualos,
el viento que golpeaba mi cara adormecida.

Ven a mí, torrente de agua,
cristal de Urano,
joya de ave, pulcritud de espacio engrandecido.
“¡Yo soy poeta!”
Aquel que sucumbió en tu mar de brillo

y alzó el puño en frenético delirio.
Náufrago ciego, arrodillado y en la arena esculpido.
Copa en mano y salpicando el verso en su bramido.

“¡Yo soy poeta!”
Buzo ciego, el mar te mira.

V
(Nace el verso)

Era la lápida blanca:
rosa negra y fenecida, aquel augurio de combate,
la espada en la carne protegida.
Era también abrir el libro:
sus páginas de polvo, su gruesa pasta de sables y colmillos.

Cómo y cuándo...
La vela, el capitán perdido, los naufragios de viento y extravío,
la desértica mirada.
Y el hombre:
como una ráfaga de cíclopes vestidos,
como un relámpago de águilas sin nido.

¡Oh amor, amor!
¡De torre en torre y faro en faro que mar has convertido!
¡Qué estrella devoraste!
Y un grito boca arriba que nunca contemplaste.

Contadme: si fue el mar cuando fui en él a recostarme
o fue en la arena que el cuerpo entregaste.

Y el dolor cayó como sentina.
¡Oh viejo puente, viejo náufrago del mar dolido!
¡Oh las algas de los pies curtidos!
¡Oh las velas sin viento y en el mar hundidas!

Aquí grité, grité despavorido.
Y el mar se vino...
Cómo y cuándo... El mar se vino.

Nadie sucumbió. Decidme: ¡Nadie sucumbió!

Y los pájaros. Y los pájaros y nidos.
Despertadme, poetas. Llevadme a los bramidos.
Sentadme en la acuarela del matiz y del sonido.
Dibujadme el pétalo rojo del latido.

Adjudicadme el ave como ala y respiro.
Entregadme al tiempo, al espacio, a su destino.
Hacedme agua, jaguar y vino.
Degustadme y tocadme como amigo.

Venid poetas.
Aquí grité,
aquí grité despavorido:
¡Amor, amor... de un verso el mar describo!

VI (Silbando vientos)

Vuelvo del viento.
Pecho abierto, devuelvo la tarde.
Historia de juncos, de selvas, de mareas inconclusas,
de Ninfas arrulladas, de versos enclaustrados.
De alas... de alas... eternamente de alas.

¿Dónde fue que me invitaron?
Yo, que saturé de plumas mis caminos,
que abrí la ruta en aleteos,
que escarbé con picos y con garras,
¿dónde fue que me invitaron?

Y donde hubo todo y me bañé de todo:
de nubes, de cielo, de mar lejano, de sal de besos.
Vuelvo al viento:
a los rascacielos de tejidos y de alambres,
a la frontera eterna de los cielos,
a mi vuelo y a mis sueños.

Alegre, sí, alegre.
Que no digan nunca que no fui picaflor
o grulla o perdiz o ave multicolora de los bosques,
o simplemente aquel sonido de la tundra,
aquel gorjeo de los prados,
aquellos trinos de los sauces.

Oh, poeta, aquí devuelvo las plumas que me dieron.
La casta de los cantos, la magnimidad abierta del palomo.

Vuelvo al viento,
a la sagaz altura de las alas,
a la insospechada palabra de los picos,
al cucurrucú de los silbantes.

Dejadme un verso.
¡Poeta, dejadme un verso!
Me voy al viento...
Que circunden los plumíferos sus truenos.
Que desplieguen los cálamos sus cánticos airosos.
¡Alegre, sí, alegre!
Aquí me muero.

VII (El poeta se enamora)

Del viento voy. Del viento vengo.
Yo, del subterráneo y de la noria, Juan sin nombre;
Del agricultor ciego en el olivo, Juan sin ojos;
De la aurora abierta de las campamochas, Juan sin frente;
Minero fresco del paisaje, Juan sin dedos:
Voy de campo en campo
degustando ese sabor a trigo,
de otoños silenciosos y migrantes,
de nidos cubiertos de alas y respiros.

Del viento vengo, al viento voy.
Ráfaga de plumas, codornices y gorriones.
Sin nombre. Así como el bosquejo de la lluvia:
una gota en una boca y un beso en la memoria.
Puerto fijo. Puerto errante.
Encallado en un aroma, en unos labios,
en el pórtico de aquella que extendió sus brazos.

¿De qué sombra? ¿De qué río?
Ella se acercó a mi rostro,
y en la más profunda y beata tarde del silencio
su boca acarició mi oído
y escuché su beso latiendo cual delirio.
Y con las lágrimas rodando
en el más puro sentimiento,
me fui al mar a tocar su espuma,
le murmuré un “te quiero”,
y miré las olas en sus ojos golondrinos.

Me llamó “Poeta”...

Mar, en ti enjuago mis lágrimas de río.
¿De qué noche el azul tu frío?

¿En qué velada las estrellas en suspiros?
¿Cuántas veces un grito un soplido?
¡Ah!... Mar, perpetuo viejo amigo.
¡Si hay alguien como ella en mi suspiro!

¡Me llamó “Poeta”!...
Y mis lágrimas mojaron tu camino.

Acorralado por tu encanto
tus frescas gotas se crispan en mi oído.
Oh viejo mar, mi viejo amigo.
De su dulce boca escuché un sonido:
Me llamó “Poeta”...
Y guardé su mimo en mi verso clandestino.

VIII (Éste es mi verso)

Inquieto como tú, mar,
tu azul me incita.

¡Alzad la espada, gladiadores!
Morid en tierra. Vivid en vela.
Dejad estelas en la marea.

¿Qué más me pides?
¿Qué más me invitas?
Alzad mesanas de lis y cala
y un espolón en tu frente ancha.

Velad corsarios fragatas y alas.
Cimbrad las olas con garfio y garra,
y si hay poetas clamando al alba
dejad que el viento los haga alas.

Nací corsario y me siento espada.
Batalón de hierro lleva mi alma.

¡Alzad la espada!
¡Volad fragatas!

Cargad poetas la pluma airada.
Id por los mares cantando estrofas.
Id recogiendo del viento ostras.
Salid corsarios por las mañanas.

Dejad vestidas de espuma rosas.
Naced de nuevo en las olas bravas.

¡Cantad, poetas!
Dejad estelas forjando amarras.

Éste es mi verso:
Izad los pechos de azul y plata.
Sangrad veletas con las correas.
Morid en tierra. Vivid en vela.
Dejad estelas en la marea.
Naced de nuevo.
¡Naced poetas!

IX (Azul)

Ese día me paré a martillar la tierra.
De un cuadro de Picasso el trazo.
De Monet la espátula y la brocha.
Polvo. Era polvo sobre polvo.
Así nació ese punto.
Bajo cordillera, bajo puente, bajo arena.
Inmerso en la vastedad de todo.
Abarcando las trincheras.
Galopando tras molinos.
Levantando los clamores.

Tenía un marco. Un simple marco.
Y pinté el azul...
Lo pinté en mis ojos...

Era azul su labio. Era azul su rostro.
El beso que tornaba su mirada.
Los peces donde ella habitaba.
Como un azul de pálida sonrisa
respiraba y se meneaba.

La pinté en mis ojos...
Y sin quererlo, me besó los míos.... Y el azul nació.

¿Por qué he besado tus mareas cuando me hablas?
¿Por qué el azul tiñó tus manos y tus labios?

La miré en mis ojos...

¡Oh mar, tu inquieto colorido vibra mi latido!
Sus ojos derramándose en la brisa.
Su silueta desvistiéndose y corriendo hacia la orilla.
El brazo que me abarca. Los besos que me miran.

Mi mano tiembla y la tienes en tu boca.
Mi cuerpo siente el color de tu alegría.
Mi pecho versa lo que en ella es poesía.

Así: bella, inmensa y majestuosa.... ¡Toda mía!

X

(Resquicio del viento)

Desembocadura y tierra firme.
Surco colmado de altura,
sólo escucho tu noble bramido.
¿Y dónde anduvo la cordillera y el páramo?
¿A quién el salitre, la cumbre y el agua?

Abre tus alas, hermano.
Desde la profundidad de tu cuerpo
hacia el indómito cielo.
Decidles, contadles aquello que viste.
Narradles del tiempo y aquello que oíste.
Detalladles tu mano, la rúbrica abierta,
el collar de cristales que habita en tu boca,
la muestra del viento y el solar de la punta.
Habladles y mostradles el pecho.
Decidles: la tierra no me detuvo.

Pájaro, como pájaro, y ave y sin plumas,
fuiste destilando las nubes:
tus alas, tu dulce garganta,
tu gruesa camisa de esporas y frutas,
aquella semilla de uva en la gruta,
el alma en la garra y un correr de batalla.

Pájaro a pájaro, ¿quién te detuvo?
Pájaro, siempre y eterno.
Pájaro amigo.
Tú fuiste el destino.
Aquel de la altura en el roble y encino.

Puntero de espumas, de olas y trinos.
Guarida del hombre y nunca cautivo.

Abre tus alas, amigo.
Alberto de cresta dorada.
Gilberto de los girasoles muertos.
María de las vestiduras frías.
Susana de las ataduras y amarras no vistas.
Campesino entre matorrales ocultos.
Obrero de los martillos raídos.
Poblador de los ojos llorosos.
Marino de los astilleros hundidos.
Venid y vestidme de gala sobre la montaña.
Llenadme de viento sobre las quebradas.
Cubridme de acero con sus picos vencidos.
Quitadme las palmas para que con sus alas
me nazcan de nuevo cernidas de harina
y el polvo me lleve hacia el cenit de la nada.
Descubridme como su sombra
o su llanto de siglos:
el correr de la herida,
nafragio de cueva dolida,
solera de pena cautiva.

Dejadme en la tierra mirando al camino...
El paisaje del pueblo,
la luna y rocío,
vuestros pechos planeando y titiritando en la altura,
las alas vestidas de infinita blancura.

Yo sabré mirarles desde este refugio.
Y con la mano en el viento
y el dominio vencido,
iré por las rutas gritando al camino.
Gritando su nombre y escuchando el quejido.
Gritándole a todos.
A vosotros: mis hermanos y amigos.

XI (Ahora invito)

Fue el poeta el que me acogió en sus versos:
esa calandria amarilla y de plumaje terso;
esa bocanada de zorzales, de iguanas, de aspaviento herido.

Y en sus ojos de cristal humedecido
alcé mi copa: uva amarga de un marino,
muelle abierto y no cautivo,
para saborear a plenitud el río.

Decidme ahora: aquí degusté mi vino
y el dulce tacto como un suspiro,
y las manos suaves de limaduras y respiros,
y los besos. ¡ah!, y los besos como estuarios
gritando su gemido.

Y el mar me trajo y creció conmigo.
Un verso todo de sangre y vino.
Sudor de obrero y yunque erguido.
El mar me trajo y murió conmigo.

Decid, poetas: ¡Yo, sí, yo soy el vino!
Éste es mi verso, por el escribo.

Ahora invito...
Venid. Buscad mi casa.
El pórtico de alubias y racimos.
La puerta abierta de listón y ornato enverdecido.
La mano ajada o arañada
y el olor de uva reposada.
La loza roja de papas y fresnillos.

Poetas:
Aquí estoy.
¡Venid!
¡Abrid camino!
Ya somos vino.

Mazorca

Mazorca, me desgrano en tu cintura.
Mi raíz de siembra se cultiva en tu ladera
y un fruto cobrizado se despoja de la tierra.
De tu tronco mis brazos de semilla
dejan caer el polen hasta el surco.

Mazorca: hombre planta y loma desgajada.
Vida en tierra.
De ti vivo y vuelvo fruto.
Y en la simbiosis etérea de los ojos
contengo el cieno, el pico,
la yunta, al hombre y su cantera.

Murmuradme... Traigo el vientre de la tierra.
Platicadme... Paladeadme...

Mazorca, me desgrano hasta enterrarme.

Maestranza

No preguntéis. ¡Sacad los niños. Sacadlos todos!
Dadles fresnos, alubias, crisantemos y llevadlos de las manos.

¿Quién dirá que son ellos si no juegan en los llanos?
¡Ay!, si hubiese un niño, tan sólo uno,
cayendo en bruces en surco alguno,
si hubiese uno,
y de los juncos la espina brava sobre su pecho se le clavara,
¡ay!, ¿quién de nosotros el rostro alzara?

¡Sacad los niños. Sacadlos todos!
Cubrid los llanos de yuca fresca;
Sembrad los campos de alfalfa clara;
Pintad la tierra como alborada;
Teñid los riscos de azul y grana;
Regad los bosques de aroma y cala
y dejad jugando su alma llana.

No preguntéis.
¡Sacad los niños. Sacadlos todos!
Si hay un niño que ahí sonría, repita a coro vuestra alegría.

Mientras tanto: ¡Niños: corred al alba a extraer su gracia.
Untad franelas sobre su cara.
Dejad vestigios de su ternura corriendo por la llanura.
Mostrad las manos de la inocencia de holgura plena!

¡Niños, esparcid belleza sobre la tierra!
No preguntéis. Niños, no preguntéis.
¡Salid gritando vuestra alegría y
cubrid de afecto la tierra misma!

Correduras

A mi amigo Carlos Danoz

I

(España en el alma)

Correduras de olivas y hojuelas de plata
van tejiendo los ojos de la niña loada.
Faena de furia sobre su costado
la dejó dormida sobre el enrejado,
y han dicho que ha muerto, así recostada,
por tener la tierra sobre su mirada.

Torillo de espada, astado y en ruedo,
de un traje de luces que le fue al encuentro.
Mas era la niña, vestida de cielo,
que al verle invistiendo
retomó la tierra y sin capote dado
la dejó dormida sobre el enrejado.

España de mármol y gubia, Huelva y Granada,
faena de zarzas sobre tu morada.
Ya muerta la niña, decían llevaba
un puño de tierra que nunca dejaba.
Cargaba en el puño la tierra de España
a quien siempre cantaba sobre su Granada.

Mugía la tarde en castañuela brava
sobre el lecho ardiente en que la velaban.
Muleta y capote volaban la plaza
y el ole en la arena coreaba la masa.
Era la niña, la niña de gala
que llegó de nuevo a encender la plaza.

Rugía la España como batahola
sobre un puño erguido que creció cual ola:
la tierra del alma, la tierra de España
que nació en trincheras desde la cañada.
Y el ole en la plaza que cimbró a Granada
por la niña muerta que retuvo el alma.

II

(Apiádate de mí)

Yelmo de hierro sobre su costado,
ha muerto, dicen: ¡ha muerto!
Pálida sombra eriza su carda mirada.
Su joven figura va desparramada.

¿De quién es el muerto?
Gritaban a coro:
¿Por quién plañe el cuerpo?
Sables de odio brotaron del foro.

Y la tarde fría sólo le acogía.
Lívida estampa era la agonía.
Sus ojos no abiertos miraban atentos,
y a coro gritaban: ¿por quién es el muerto?

Era un niño y el Cristo sangraba.
La bala asomaba y el plasma manaba.
Yugo y destello sobre el cementerio:
era de un niño el féretro abierto.

¡Qué no digan que ha muerto!
¡Qué no! ¡Qué no entierren su aliento!
¡Ése no es el Cristo que nació del rezo!
Es sólo el madero retocado en lienzo.

Apiádate entonces de mi sufrimiento,
del que lleva el alma sin tener aliento.
Alguien, sobre la espalda, metralla mostraba,
y el alma de un niño, acallado, en su Cristo lloraba.

¿Por quién es el muerto?,
gritaban al viento.
Es sólo un madero sangrante y desierto.
Apiádate, hijo, de mi sufrimiento.

La ventana

A MC

He escuchado ese ruido lúgubre por la ventana.
Por más que la cerraba su tapia blanca deambulaba.
“¡Huye! ¡Vete! ¡Te imploro no la toques!”
Una silaba callada en el vidrio musitaba.

La corva de su cuerpo blanco como el alba.
“¿Y a qué vienes? ¿Y qué quieres?”
El sonido de su acero en el adobe retumbaba.
“Si es que acaso a ella la quieres...”
Con rabia, entre los dientes, a sus huesos le llamaba.

Hay hielo que tiñe azul mis manos
y su escarcha, como daga, retoca en seco mi garganta.
He escuchado ese sonido lúgubre de nuevo.
Tiembra como onda cuando se percibe su presencia.
“¡No la toques! ¡A mi niña no la toques!”
Y el vidrio se retrae al acercarme.
“¡No la toques! ¡Te lo pido. No la toques!”

La guadaña en su marco se asomaba,
con una risa de metales, como un hosco paso
que blandiendo todo entumecía.
Y no escuchaba... Tan sólo un paso frío denostaba.

Otra vez escucho el mismo ruido:
El andar ciego; El frío invierno;
La tosca vértebra alineada y descarnada;
La blanca alzada del deceso y su figura de letargo.
“¿No tuviste con los míos?”. – Le inquiero.
“¿A todos ellos que llevaste entre tus hombros?
¿Y qué dejaste? Sino acaso ese espacio que jamás pudo llenarse.”

Otra vez el mismo ruido. Ese óbito que huele a azufre
y se cuela en el resquicio de una simple limadura.
“¿Eres tú?
¿Nuevamente aquí en mi cuarto?”
Y el suplicio de un martillo
resguardando la hendidura de ese marco.
Clavo y clavo hasta cubrir la mínima rendija.
Golpe a golpe con el llanto en la manija.
“¡No la toques!” -Le retaba...
“¡No la toques!”
Empotrada y blanca la ventana le escudaba.

“ ¿Cómo entraste?”

Y el frío se filtraba entre ranuras
y más duro aún mi mano martillaba.

“¿No te basta con aquellos que llevaste?”

La ventana seca con sus grietas me miraba
y la muerte congelaba el manubrio que portaba.

“¡Es mi niña. Ella es mía!”

Mas la muerte como sombra se metía.

“¡No la toques!” - Le pedía.

“¡No la toques a mi niña!”

Negro

Negro, ¡y qué!...

Cosa de olvido, cucú pelado,
siempre castaño y azucarado.

Negro lampiño, arrebolado,
caña de olivo y desenfrenado.

Negro, mi negro,
jacarandoso y deshilvanado.

Ha dicho al prelado:
no soy más esclavo.

A mí se me denme,
se me denme las pie,
de tanto brincá, de tanto bailá,
de tanto mové la cintura al revé.

Negro bochinche,
se ha puesto triste la negra Mercé.
La jala el corsé, la aprieta el sostén,
le duele la panza del tamborilé.

Ponete a danzá. Ponete a bailá.
Vanmo mi negra hacete pa' cá.

A mí se me denme,
se me denme las pie,
de tanto brincá, de tanto bailá,
de tanto mové la cintura al revé.

Buscando Musa

Un día, digo, un día,
porque no hay otra batalla más que un día,
e igual se ciñe el estandarte de alegría
(por si acaso y que levante
el gladiador su vil florete).
Digo entonces, un día,
como es hoy o es mañana
y que la guerra haga tregua
sin cuartel a la alegría,
vestid con mi camisa, calzad con mis sandalias,
y besad las nubes como nunca en la sonrisa.

Digo, por si acaso y no lleváis la propia puesta,
o quizá que rota la talega en el campo se quedase,
vamos, ¡usad la mía!
Contad mis dedos uno a uno
hasta que mil, de un sorbo,
en un grito la voz se carcajease.

Digo, decid un día,
como es hoy o es mañana
y se vienen correteando tras la brisa:
vestid casaca de abulones,
zapatillas de orejuelas,
pantalones de linaza
y si tela hubiese para el resto,
una burbuja transparente quedaría.

Vamos, que llevéis al día la alegría
como puesta vais con la almilla.
Y si un día, digo,
como digo cualquier día,
se rompiese aquella risa,
vestid la mía:
en las mangas lleva dedos
que os harán reír por las costillas
y diréis entonces:
¡Viejo diablo... qué alegría!

Y yo iré cosquilleando... A ratos regodeando...
Vamos, al oído cortejando...
Y a mi adentro, ¡viejo diablo!, damisela enamorando.

¡Qué alegría!

Apocalipsis

Musalén, renace tu alma.
Jinetes negros, iracundos, os invocan.
Las siete lunas, los siete rayos,
se desprenden de la noche
y cabalgan cual gigantes en las arcas de la vida.

¡Tierra santa, el hombre a ti te invoca!
Tierra muerta, sepultura y mausoleo.
He aquí la sed de viento, de agua,
de llanto, de lamento.
Aquí el pecado sacudió su hierro.
Aquí la noche sometió al consuelo.
Y la garganta, y la garganta sorda y muda
hincándose en la llama.

Entonces... Entonces la luna...
Me despierto y a mi lado ella.
Aguacate verde y mascarilla, crema agria
que se escurre de su frente a la mejilla.
Plasta y barro y un perfume ocre que descubre la barbilla.
Despeinada, entubada, despintada, demacrada, descuidada...
¡Dios Santo, Apocalipsis en mi cama!

¡Ay, mi pecho!

A un corazón yo ruego que palpite en mis adentros.
Y vino el diablo y dijo: "Cochambroso".
Y vino el cielo: "Destrampado"
Y del vulgo: "Arrimado".
Y de la moza: "Descarado".

Vaya suerte que a mi pecho le ha tocado,
si latiese otro poco y a una dama le flechase...
De mi padre: "Fea y magra".
De mi madre: "Fría, obesa y descarriada".
De mi hermana: "Ruda y tosca".
De mi tía: "Arrabalera y casquivana".

Pobre pecho que latiendo va escogiendo
a una bella que de suerte le arrullara...
Y del fraile: "¡Dios me libre, Lucifer se ha encarnado!"
Del lechero: "Turno llevo en un encuentro".
Del cartero: "Si es posible, se la bajo en el trabajo".
Del obispo: "Ni con oleos purifica su santuario".

¡Ay, mi pecho que dolido va indagando
a una dama que por vida sea mi encanto!
Y el poeta: “Ni cubrirla con la tinta lograría describirla”.
Y el doctor: “¿Cirugía en la verruga?... ¡Así es ella!”
Y el diseñador: “Ni un muestrario tataría lo torcido de ese rabo”.
Y el dentista: “Que no es diente lo que lleva, es un colmillo de elefante el que devela”.

¡Ay, mi pecho adolorido que prefiero yo quedarme
como pajarito, aquí en el árbol, solterito, sentadito y calladito!
Y vino el diablo: “¡Maricón!”
Y vino el cielo: “¿Acaso gay?”
Y vino el vulgo: “¡Huy, que chula!”...Carcajada y se esfumó.
¿Y de la moza?: “¡Vaya tipo, tan mañoso que salió!”

¡Ay!

Macondo **(Úrsula, cien años.)**

Cien años, se van cien años,
de lagartijos en los cabellos.
Y el abanico, ¿quién abanica?
Úrsula harapos, Úrsula andrajos,
como ciruela descolorida,
de los Buendía,
de los Macondo,
de los arcaicos armarios desencajados.

Se abre la tierra, hormigas rojas tu trenza bordan,
y una receta de amor y seda
en descendencia se extinguiría.

Se va la vida, se van los años,
y el tren que silba sobre el armario.
Úrsula estambre, Úrsula hierba,
el tren se carga y el sol se apaga.

Tú prometiste, Úrsula enjambre,
que el tiempo se extinguiría.
Unas tortugas en sopa de algas
se esconden bajo tus canas
y aquel rabito del nietecito
aún prescribe en tu cuerpecito.

Se va la vida, se van los años,
y el tren que silba sobre el armario.
Úrsula cobre, Úrsula errante,
el tren departe la muerte en grande.

Un coronel sin solapa y calva
resguarda el atrio de calabaza.
Se va la vida, se van los años,
como Buendía en su agonía.
Departa el tren con su cofradía.

Aquel armario escondía uvas:
las manos grietas, los ojos rancios.
Ahora es humo del cementerio blanco.

Chichen-Itzá

Roca, mural de hombres.
Estela de obsidiana
de un maya endurecido.

Como la arena talla al fuego,
como liebre o jaguar petrificado,
fui al río a abrir sus ojos,
al cenote repleto de doncellas y cuchillos.

Ahí descubrí sus pupilas subterráneas,
su cadera verde de algas enjoyadas,
su tristeza de agua
y el llanto dulce que del fondo le bañaba.

Como un pupilo de cervato en brama
le llamé...
y sólo el silencio, como llanto, de la ola retumbaba.

Oh viejo túnel del tiempo y de la aurora.
Oh corcel de piedras,
del hito hecho bandera.
Cúspide de sueños.
Maíz tejido en las laderas.
En cada piedra cien años escribió la historia.
En cada roca mil soldados sus penachos desplumaron.
Y la sangre como un paño que el templo resguardaba.

Le llamé...

Era el jade, los quetzales,
la brillante turquesa encapsulada,
la flauta en la nota olvidada,
el hombre hecho armadillo y hecho espada,
la mano atada al yugo y a la daga.
Y el agua... ¡oh, y el agua!...
esa serpiente que bajaba
de la tumba, de los vientos,
de la nube que soplaba.

Ahí se armó la tierra:
de sus aspas la piedra levantaba,
de sus ubres la pirámide forjaba.
¿Y el hombre?... ¡Otra vez!
¿Y el hombre?...
Como un hueso que las bases soportaba.

¿Quién llamó al mural?
Sus ojos intactos de obsidiana.
¿De dónde el pecho palpitaba?

Le llamé...

Y extendió su mano de la roca misma.
Era ella...
De la roca misma...

Me enterró sus brazos...
Y lloró conmigo.

¿De dónde roca?
¿De dónde vino?

Escudero

Vamos a ser escuderos, Sancho amigo:
tú la lanza, yo el cobijo,
de bandera un respiro
y por escudo el borrico.

Que me embarco, que me arraigo,
que me voy de marinero.
Que me embarco y de escudero
a luchar de bucanero.

De escudero, Sancho amigo,
si hay espacio en tu pollino.
Tras las huellas de un Hidalgo
y unas aspas por testigo.

De escudero, Caballero,
de escudero y marinero.
Que galopen las fragatas
junto al muelle y sin destino.

Que me embarco, que me arraigo,
que me voy de marinero.
Que me dejen transitares
de la mar y sus errares.

A galope, a todo trote,
a surcar aquel destino.
A enterrarse en el torrente
de la mar y su camino.

Que me embarco, que me arraigo,
que me voy de marinero.
Capitán de los andares
y el portento de un borrico.

Alta vela, alto estiaje,
navegante del velaje.
Con los vientos y en cantares,
Comandante de los mares.

Corceles

¡Arriba!
Corceles de estampa y bragada cargada
en casquillos de plata de doble moldura,
sobre el llano en la tierra su noble figura,
del jinete agreste que blandiera su espada.

Y viene el jinete dolido y bregado
en la montura que le fuese cargando,
y viene el jinete lastimero y llorando,
despertando a la tierra sobre su pasado.

Arriba jinete que encontraste la gloria
del corcel en brama sobre la montaña,
sacude del tiempo espada y guadaña
para mostrarnos siempre la mano y victoria.

Cabalga hacia al río con lancera nueva
llevando el alma agitada y fresca
y deja al viento, donde os parezca,
el galope entero que al valiente mueva.

Galopa con brío, galopa en delirio,
sobre la lanza del hombre que nació bravío,
y deja el estoque, el llanto y el tino,
a aquel que no pudo encontrar su destino.

Arriba jinete, triunfante en sonadas,
retumben las liras sobre tus jornadas,
me acerquen la cuerda en las manos ajadas
a que sienta el galope sobre las cañadas.

Corre que corre, galope a galope.
¡Arriba jinete sobre las montañas!
La mar será nuestra, como las campanas
que vibraron siempre por sentir el golpe.

¡Arriba corceles! ¡Arriba jinete!
Que la silla escurra trayendo la suerte.
A despertar las mareas sobre el horizonte.
A vencer molinos como Don Quijote.

Resuenen los cascots, resuenen los vados.
Galope que suene sobre los estrados.
¡Arriba jinete! ¡Arriba a galope!
Que sientan las olas la brisa y el trote.

Corre, que corre, que corre
y retumbe en el trote.
Corre, que corre, que corre
y desboque a galope.

¡Arriba jinete, que el mar para siempre su canto desborde!

Buenos días, flor de España

Buenos días, flor de España.
Frontera tórrida de alubias y de grana
en que sembraste los olivos en las palmas.

Flor de lis,
de correduras en capotes y novillos,
en las plazas donde el alba
se acostaba para hacerle una verónica
en faena dibujada.

Flor de tierra, del arte manifiesto,
de castillos y de hadas,
de las moras frescas
que bailaban con matracas
y que la realeza cortejara
con las faldas coloreadas.

Buenos días, bella España.
En la sangre llevas el sabor
a tierra enamorada,
del ojal y los holanes,
de la guapa cortesana.
Lentejuelas de flamenco
se acuñaban en la plata.

Buenos días, flor de España.
Que te llevo al mar
por mi ventana.

El niño y el poeta

Desprendíase el paisaje como un bosquejo dorado.
Su olor a mañana transpiraba begonias
y un sutil aire ventilaba de azules el lejano horizonte.

En la plaza, el marmolino kiosco tocaba unas ramas
seduciendo a los jardines de nutridos colores.

Entonces un niño acercóse a un hombre en una banca sentado,
y le dijo:
- Usted debe ser el Señor Poeta.

¿Me podría dibujar una estrella para mirarla?

- Por supuesto. Le respondió.

Y extrajo de su alforja unas notas con unos versos,
los leyó y la estrella en el firmamento se plasmó.

- ¿Podría poner ahora un nogal donde canten las aves?

Y el Poeta, de su bolsa, nuevamente sacó otras notas.

Las leyó apasionadamente y el árbol en una orilla de la plaza apareció.

- Pero, espera. Le dijo el Poeta.

¿A ti te gusta cantar?

- Si. Respondió el niño.

- ¿Prefieres un canario, un cenizote, o un mirlo de cola roja,
o un guacamayo amarillo, o el plumaje abierto de un ave de paraíso?

- Me encantaría el ruiseñor.

- Perfecto. Te daré una sorpresa. Y volvió a leer más versos el poeta.

Entonces se empezaron a escuchar los trinos en la rama más alta.

Después de un rato, ya cansados de gorjear,
los dos abrieron sus alas y emprendieron el vuelo.

Declaración de amor

Yo ruego a mi corazón que se alce ante tus ojos:
vestimenta angelical de un paraíso,
pléyade del cielo que se nutre ante la vista,
sacramento de mi pecho que sustenta con suspiros.
Y pido que me mires con tus besos cristalinos,
de esos labios nacidos del sutil deseo,
de la noche en velo en que respiras el anhelo
en que tu cuerpo palpa crisantemos en sonidos...

Atónita e impactada,
una hormiga escuchaba desde abajo
a un hombre declarársele a su amada.
Después de un rato y aún estupefacta,
se dijo:
“¡Qué absurdo!
A mi me basta y sobra mi corazoncito
para amar con todo a mi hermosa hormiguita...”
Y se fue sonriendo por el campo, moviendo su colita.

Nana de luna

Está sangrando la luna,
doble y estoque en su cuna,
que llora latiendo mi niño
de un sueño que lleva herido.

Mece que mece el río
su arroyo sobre el rocío,
la almohada sobre su cama
le arrulla y le rinde calma.

Y va cantando mi niño:
“Sana, que sana la luna”.
Y el astro le mira alegre
besando su dulce frente.

Sobre el sinuoso y azul levante
se esconde mi dulce infante.
Va su sonrisa adelante
y la luna su acompañante.

Duerme que duerme nacido,
sube tus brazos al nido.
Sana, que sana a la luna y el sueño
despierte meciéndote en cuna.

La más bonita

¿Cincelar la estrella?... ¡De dónde!
¿Acaso el poeta, el escultor, el artista de las manos aceradas?
¿Renoir, Seurat, Van Gogh, Gauguin?...
¿Acaso el ceramista, el pintor o el orfebre?
Y de mis manos la sutileza pura:
en el pincel de carda fina,
en la letra altruista que miraba la paleta de oro,
en el cincel de fina utilería y enmarcado en viruta del rojizo cedro,
la más alta inspiración enseñoreaba,
la genuina exaltación del arte
en la exquisita y más perfecta de mis obras.

Plástica y maleable forjé la estrella entre mis dedos.
Como el prelude del sonido sus aristas deslumbraban.
Como un fino hilo descolgándose del centro su masa desbordaba.
Los Jardines Colgantes y el Templo de Artemisa vitoreaban y aplaudían.
Y el orgullo mío, como artista, del espacio se crecía.

La colgué en el muro de mi cuarto,
en la pared de frente hacia el paisaje
y salí a la calle a levantar la voz cual endiosado orfebre.
¿Cincelar la estrella?... ¡Ja! Es mi obra. Les decía.

Y volví a la casa entre palestras de agasajos.
¡Es mi obra! Les decía.
Mas al volver al cuarto ya no estaba
y en una esquina de la cama su escultura rota se miraba.
¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ocurrido?
Como loco embravecido alce pedazos de su masa.
¿Qué ha pasado? Imprecaba.

Y desde el fondo de la cama,
con su rostro de querube, con su tres añitos vivos,
extendiendo sus manitas,
alzó su vista... y con la ternura de sus ojos me miró y me dijo:
“¡Fue un accidente...!”

Desarmado, sin vocablos, la subí a mis brazos, la tomé conmigo,
la subí hasta el cielo, la besé mil veces...
¡Ay, mi niña. Si eres tú la más preciosa de mis obras!
Y jugué con ella hasta dejarla adormecida...
Y jugué con ella como nunca en la vida...
Y la subí hasta el cielo como suben las estrellas...

¿Y la obra? Como siempre... la basura va en el cesto y a tirarse.

Luciano Pavarotti

I
Voz de templo.
Relámpago de estrellas calcinando.
El tono en que cantaste dibujó tu voz de arcano.

¡Oh los pies dolidos de las notas!
¡Oh la desincorporada geografía de las cuerdas!
En cada violín tu voz temblaba
y se enraizaba en las butacas
sedienta del hilarante clamor de las palomas.

¡Oh de aquellas perpetuas guitarras enlazadas
y el mirar del artesano en las lunetas!

¿Y en qué cuerda te quedaste?
¿En qué Fa dormiste la última opereta?
¿En qué Do alumbraste la última farola?

Como un desesperado errante los ecos reclaman tus vocales
y los cantos... ¡oh dolidos!... ¡oh llorados!...
permanecen enclaustrados bajo el santuario de tu encanto.

Voz de templo en la magistral silueta
y campanario de las aves.
El eco que retumba da la hora de los vuelos
y el bronce que lo forja
tiembla en la llanura su fontana:
esa voz de pájaro, de molde, de labriego,
de posesión del todo,
de infinita soledad y cumbre,
en la boca del palomo se ha quedado.

II

Y el canto era el roble:
la partitura de las alas y su andamio;
La caminata de los pájaros en verde vuelo;
La acústica sonora del trinar entre los álamos.

Oh los desenterrados gritos que aún perviven como loros camuflados:
los violines de colores, las tubas y las flautas.
Y el hombre simplemente absorto en tu cantata.

Los colibríes aún te aplauden el sonido.
Las garzas aún se desviven ante el foro.
El águila blanca la batuta con el pico la acaricia.

Y el palomo alza la voz con tu garganta:
ávida, voraz, insaciable, apasionada...
cortejando de reojo a la paloma.

Aprendizaje de las alas

Hoy, otra vez,
vuelvo a dormirme entre violines.
De los cardenales,
o los quetzales encendidos,
o los galácticos cotorros amarillos,
o las grullas de franela blanca
que se desenvuelven como espuma entre la arena,
o los tecolotes vigilantes del paisaje,
voy como simple compañero en osadía,
como simple arquero sin flecha y tras su huella.

Hoy devuelvo al viento mi linaje:
el sombrero de alquitrán y las mancuernas,
la solapa y el casimir de terciopelo,
el charol y la corbata almidonada.

Tórrido Perú de alta escuela, ¿en qué plumífero naciste?
México del canto y ahuichote, ¿qué vuelo redimiste?
Patria grande y Argentina de chingolos.
Chile austral entre martines encarnados.
Venezuela sempiterna del paují nocturno.
Crepuscular Colombia de los albatros que se anidan entre abrazos.
Rojo litoral, desde el centro del pantano al río Bravo
con sus verdes y militares guacamayos.
Singular frontera de volcanes:
de Ecuador, norte y sur hasta los valles,
pampa virgen de cenizontles.
No importa que tan lejos las alturas,
vuelvo a la escuela de las aves,
al viento de las plumas, al zigzaguo entre las ramas,
a la desprendida soledad de las montañas
y me escojo a mi mismo como el costillar de su aleteo.

Rrrrrrrruuuuuuuuuuuuuuu...
Voy gorjeando el sonidos de las alas
como una ola blanca que retumba entre mis brazos.
He vuelto a dormirme entre violines,
en la cuerda sonora de las aves,
en el vibrante volcán de los chincholes,
y la inmortalidad del ave me dejó su pluma,
para mirar arriba
y aprender del águila y del cóndor
la maestría del aire y la letra de su pluma.

Y otra vez vuelvo a dormirme entre violines:
en el silbido infinito de la noche
y el espíritu del viento que nació de los jazmines.

Encuentro con el mar

Ayer volaba... hoy alegre y pajarero.
Bajo el cielo o una roca o bajo el mar:
azares de una ola y en el barco a navegar.

Tin tilín de noche bajo azul sembrar.
Tin tilín del alba de una barca al volar.
Tin tilín del alma que se fuera a surcar.

Capitan de espumas, de mareas y de sal.
Soñador de puertos, de gaviotas al pasar.
Huracán sin proa y viento del versar.

Tin tilín del sueño a quien se fuera a embarcar.
Tin tilín del fondo y de la bruma en ultramar.
Tin tilín de plumas en la orilla a encontrar.

Servidor de los paisajes, catador de agua y sal.
Pescador de arrecifes que se niegan a pescar.
Bucanero de aguaceros con diamantes de cristal.

Tin tilín de un beso del cetáceo en alta mar.
Tin tilín de aromas que me nacen del cantar.
Tin tilín de iris que se miran al amar.

Aquí llevo mi canto de la azúcar de la mar.
Aquí nace el estuario que en mi pecho va a bregar:
Peces de la pluma que el poeta va a forjar.

Como peces van mis versos, como algas de alquitrán,
como escualos sin aletas y a la arena a hilvanar.

Tin tilín del tiempo que me lleva hacia la mar.
Tin tilín del alma y del poeta al surcar.
Bucanero y marinero, bucanero hasta volar.
Bucanero soy del viento, y del viento hacia la mar.

Tin tilín del verso que me lleva a bracear.
Tin tilín de un beso que me encuentro en su espumar.
Tin tilín de trova de un corsario al naufragar.
Tin tilín de un sueño, que es un tono para amar.

Bucanero en alta vela, hasta el fondo así he de amar.
Bucanero y con la pluma, ala y brea lleva el mar.

Autobiografía inconclusa

“Confieso que he vivido”

Pablo Neruda

Una alta voz,
como una sombra entre mis venas,
como una descarga de cinceles que golpeaban,
como un remolino que en la carne palpitaba,
iba subiendo desde el sonido puro,
desde la garganta protegida,
en la levadura plenipotenciaria de las manos.

Libertad... y el hambre de mi vértigo y tú.
Las calcáreas lágrimas del campo y tú.
El destierro de los ojos en la noche y tú.
Entre vino y viento sólo un nombre y tú.

Oh mis dolidos huesos.
Eras tú mi página secreta,
el abecedario del poeta,
la rústica mirada de hortelano,
el recuerdo del tiempo y los amores,
ráfagas de frío que cantaron en mi boca.
Tú... mi verso,
y la palabra que de ti se unguía,
y el aroma que de ti nacía.

Vuelve desde la inmemorial tumba del profeta
a nacer bajo palabra y el lenguaje,
a nacer conmigo en las desenterradas floras,
a los volcanes de salitre y fumarolas,
a las serpientes de coral desenroscadas,
a las vocales del poeta humedecidas.

Déjame enterrado entre las pastas:
los gruesos libros de saetas,
los viejos textos empolvados,
las notas olvidadas y regadas,
los jeroglíficos del tiempo invadido,
la muecas de las letras cuneiformes.
Algún día que los abras
estaré esperando entre sus hojas,
y sacaré mis manos arrugadas,
y brotarán mis ojos taladrados,
y vestiré de nuevo nuevas hojas,

cada una con tu nombre y apellido,
cada una con los brazos extendidos,
y cantarás conmigo, en un soneto,
las palabras que dejaste tú en mi boca.

Del autor.



Salvador Pliego. Nacido en la ciudad de México. Con estudios en Antropología Social y una Maestría en Sistemas de Computación. Como escritor inicia su carrera a finales de 2005 y desde entonces ha publicado dos libros: “Claro de la luna” y “Flores y espinas”. Fue premiado como segundo lugar en poesía por la ENSL en México y nominado como finalista por el II Certamen Internacional de Poesía “San Jordi” en España, 2006. A la fecha ha realizado lectura de su poética en Estados Unidos, México, Perú y Chile. Publica en revistas de Venezuela, Argentina, Chile y en diversos foros y grupos vía Internet. Su poesía ha sido leída en diferentes ocasiones a través de radiodifusoras en Venezuela, Perú, México y Argentina.

Octubre de 2007